

sin que nadie le vea, puede recibir el homenaje de la posteridad y prolongar la vida de un pueblo reavivando sus ideales. Hay que mirar adelante, hacia el porvenir que se abre en lontananza como el crepúsculo de un día que nace. Y pues nuestro poeta es tan catalán que encarna el alma de nuestro pueblo, y es su verbo (como en Zorrilla palpita el alma de Castilla), hay que asearle de la basura con que le desfiguraron catalanes renegados y vindicarlo sacándole á plena luz tal como fué en vida, cueste lo que cueste y caiga quien caiga. Siempre he creído que al defender á Verdaguer defiende á mi pueblo.

*Fiat justitiae et ruat, caelum.*

## CAPÍTULO PRIMERO

### La agonía de Verdaguer

Sumario: Qué se proponían sus enemigos.—Cómo procuraron aislarlo.—Cómo fracasó el proyecto de trasladarlo al sanatorio del Canigó.—Traslado del enfermo á Vallvidrera.—En qué se entretenían los médicos catalanistas que le asistían.—Cómo fué sacramentado Mosén Cinto.—Mosén Cinto otorga testamento ante el notario Sr. Permanyer.—Escándalo y secuestro.—Cómo y de qué manera pudo testar según su libre voluntad.

Cuando los enemigos de Verdaguer se dieron cuenta de la gravedad de su enfermedad, comprendiendo que estaba irremisiblemente condenado á muerte, no es muy aventurado suponer que procurarían sacar partido de la situación para rehabilitar antiguos prestigios que con su pluma había cuando menos puesto en entredicho ante los más refractarios. De mano maestra había pintado mitrados odiosos, sacerdotes rastrosos, parientes traidores, personajes serviles hincados ante el becerro de oro, y su prosa inimitable había sido muy leída, asaz comentada y había penetrado muy hondamente en la opinión. Y por ser así era lógico que á cuantos les doliera la llaga pensasen en reparar los daños causados; para conseguirlo no quedaba más medio que lograr que se retractase de cuanto en su ofensa había escrito y apoderarse de la documentación en que apoyó sus afirmaciones. Esa obra magna de reparación era cosa hecha si así lo consignaba en un testamento, libérrima y espontáneamente otorgado y firmado y rubricado de su puño y letra. Para esto precisaba apoderarse del ánimo del enfermo empezando por aislarlo de cuantos contrariasen el plan. El espíritu de un enfermo es blando como la cera y con mafia se le lleva por donde se quiere, y más si es sinceramente religioso, como lo era el de Verdaguer, y se le habla de la misericordia divina que no perdona en el cielo al pecador

que no perdona acá en la tierra y no repara los daños causados.

No consta documentalmente que semejante proyecto se hubiese combinado ó concertado, ni consta tampoco que se hubiesen distribuido los papeles á cada uno de los actores que salieron sucesivamente en el escenario; pero se nos antoja creer que los sucesos, que sucintamente vamos á referir, justifican la creencia de que todo conspiraba á ese único fin: apoderarse de la voluntad del poeta. Unos inconscientemente y hasta de buena fe si se quiere; otros porque han nacido para servir humildemente á cuantos diputan superiores; los más por amor á la intriga y al afán de farolear, ello es que buen golpe de los amigos de última hora que rodeaban al enfermo cooperaban al mismo fin á sabiendas ó no.

De buenas á primeras procuraron bienquistarse con Amadeo Guri, esposo de Amparo Durán, señora de la casa, joven inexperto y nuevo en estas lides, á quien prometían el oro y el moro. Su esposa, amaestrada desde los tiempos de la persecución por su madre D.<sup>a</sup> Deseada, algo más recelosa y rebacia, se lamentaba con frecuencia de la falta de energía de su marido; pero como tampoco se daba cuenta exacta de la apretada malla con que iban secuestrando al enfermo en su propia casa, cedía *para no disgustar al Padre*. Mas las tretas mejor combinadas tropezaban con resistencias invencibles y las más de ellas procedían precisamente de mosén Cinto unas veces y otras de otro lado. Se trató de despedir á los estudiantes de medicina que por turno le velaban por la noche, sustituyéndoles por los Hermanos Camilos. Para ello les atribuyeron odiosas imposturas propalando el rumor de que se pasaban la noche comiendo golosinas y bebiéndose el Jerez destinado al enfermo. Cuando se tanteó el vado, el enfermo dijo que no quería se infriese semejante ofensa á aquellos nobles jóvenes cuyos servicios agradecía con todo su corazón y á quienes encomendaba á Dios. Estaba enterado. ¿Cómo y por quiénes? No se sabe.

Desde la muerte del doctor Robert (excusándose siempre en la gravedad creciente del enfermo, bien que es de supo-

ner que con esto se llevarían miras ulteriores) hubo en la casa quienes se empeñaron en que fuesen llamados á consulta el doctor Rodríguez Méndez y el doctor Mas de Xaxás. Se armó una brega feroz, un lío de intriguillas que no es para contado. No les querían en la casa de ninguna manera, sobre todo al primero; les olería á chamusquina. Al fin se consiguió que se señalase hora para la consulta, y en efecto, el protomedicato dejó de acudir á la cita esta vez y otras tres veces consecutivas pretextando malas inteligencias. Es fama que el doctor Méndez estaba asombrado de lo insólito del caso y que el doctor Mas se hacía cruces, y hay que convenir en que no había para menos, pues los antiguos y los recién llamados eran todos amigos.

Así las cosas, el joven Amadeo, despejado de sí, empezaba á ver claro; su esposa se iba enfurruñando cada vez más con los que pretendían mandar en su propia casa, y todo esto dió lugar á disputas, amenazas y reyertas entre su marido y los intrusos que allanaban su morada y de todo disponían con un desenfado que ni que fuesen sus legítimos propietarios. Había una señal clara de que la maquinación supuesta, si la había, perdía terreno: las aves negras en vez de menudear retardaban sus visitas. En cambio, los antiguos defensores del poeta se dejaban ver con frecuencia y el bueno de mosén Costa se pasaba largas horas al lado del enfermo hablándole de San Antonio y de la Virgen, y Moles de vez en cuando asomaba tras la vidriera su cabeza preguntando sonriente: *com estém?*, y mosén Valls y tantos otros llevaban secretamente su dinero y sus ofrecimientos nobles y sinceros juntamente con su compañía.

Parecía que la maquinación supuesta era la fantasía de un espíritu suspicaz, sin base ni fundamento serio, cuando de la noche á la mañana empieza á correr la voz de que van á llevarse á mosén Cinto al Canigó. La noticia rodó por los periódicos no se sabe cómo; se decía que los médicos lo habían acordado así y no habían resuelto nada de esto todavía. Todo estaba dispuesto: el modo de bajarle desde el tercer piso á la calle, embutirle en la camilla, llevarle á la estación, tomar pasaje; quienes debían acompañarle. En fin: la cosa

estaba decidida, planeada y resuelta. La noche en que los entusiastas del plan lo anunciaron al enfermo como cosa irrevocable, no pudo conciliar ni un momento el sueño y no cesaba de exclamar: *me volen facturá com un sach de patatas! Pro si el Canigó encara es ple de neul...*

El Sr. Amat, alcalde de Barcelona, visitó á la sazón al paciente. Ignoramos lo que se trató en la larga conferencia que entre los dos hubo; sólo nos consta que dijo al salir estas ó parecidas palabras: «Ante todo, sobre todo y contra todos, lo que ha de prevalecer es la voluntad del enfermo.» Esta misma opinión expuso al Dr. Rodríguez Méndez en la consulta y en ella abundaron los Dres. Mas de Xaxás y Ezquerdo. Todos convenían en que un buen sanatorio era el único tratamiento para la terrible carcinoma que devoraba los pulmones del gran poeta; pero los tres convinieron que era el paciente quien había de decidirlo por aquello de que el médico aconseja y la familia ó el enfermo resuelven.

Total: que fracasó lo del Canigó como había fracasado lo de excluir á los Dres. Méndez y Mas, y lo de los Camilos y todo lo que se encaminaba á aislar á mosén Cinto de sus antiguos inalterables amigos y de esa familia Durán, que le recogió del arroyo donde le abandonaron sus enemigos y le ha escudado hasta el último momento.

Reinó un período de calma, tras el fracaso de lo del Canigó, si pasamos por alto ciertas rencillas, del género pueril, que se entablaban entre la gente menuda del protomedicato sobre quienes habían de firmar el parte diario que se daba á la prensa. El enfermo parecía reponerse; su ánimo se levantaba de día en día, comía con apetito y digería regularmente; mas los recargos febriles persistían y las lesiones pulmonares progresaban de una manera alarmante. Urgía, pues, aprovechar aquella tregua, más aparente que real, para trasladar al enfermo á plena luz, á un ambiente purísimo y oxigenado que le permitiese luchar con alguna ventaja contra los estragos de su enfermedad. En este punto todo el mundo estuvo de acuerdo. De entre los varios ofrecimientos que se hicieron, después de bien pesado y medido, se acordó aceptar el del Sr. Miralles por estar Villa Juana en

sitio ameno, sano y abrigado de los vientos, por su proximidad á Barcelona y la facilidad relativa con que podía efectuarse el traslado.

Hubo entre los amigos antiguos, que vigilaban tras cortina el curso de los sucesos, alguno que tuvo sus recelos y sus dudas, al ver que mangoneaban en el asunto ciertos pajarracos que tuvo ocasión de conocer profundamente en la época azarosa de 1894 al 97, que lo fué de calvario para mosén Cinto; mas como viera que no se saldría con la suya, tomó el partido de callarse prudentemente y esperar los sucesos que presentía sobrevendrían.

Instalados el enfermo y la familia de su elección en Vallvidrera todo iba de buenas á primeras como una seda. El Sr. Miralles dió plenos poderes á D. Amadeo Guri para que dispusiere cuanto creyere conveniente y como si estuviera en su propia casa. Era mosén Cinto obsequiado con ramos de flores; cuanto apetecía le era servido por el restaurant de Vallvidrera en la forma que quería por rara que fuese, pues ya es sabido que los enfermos son como niños y hay que respetar sus caprichos en cuanto se pueda; en todo el mundo despertaba el santo poeta el más vivo interés. Mas á pesar de todo sus fuerzas se extinguían; su noble cabeza, tan resignada y triste, se le caía sobre el pecho y no podía con su cuerpo. Tuvo que guardar cama constantemente más vencido y postrado de día en día. La distancia á que se hallaba de Barcelona le privaba del trato asiduo de la piña de amigos incondicionales en los cuales tenía una confianza ilimitada; en cambio invadía la quinta un nuevo personal, muy diferente del que frecuentaba su vivienda de la calle de Aragón últimamente, entre el cual conocía á no pocos que no estuvieron á su lado en la época de las persecuciones sino enfrente más ó menos abiertamente.

Por otra parte: Amadeo Guri pasaba todo el día en Barcelona para no perder su colocación, pues no podía buenamente prescindir de su trabajo para llevar las cargas de la familia; su esposa Amparo se hallaba sola y forastera en aquella casa, y no porque sospechase concretamente cuanto se urdía, sino por ver que no se trataba *al Padre* con el ve-

hemente cariño que ella sentía, vivía agitada, nerviosa y en un estado de sobreexcitación continua. El lector comprenderá fácilmente esta situación con sólo recordar que esa joven, crecida ya, le defendió con su santa madre de las asechanzas de sus crueles enemigos cuando le acogieron en su casa. Añádase á todo esto que el virtuoso varón se hacía querer de cuantos le trataban con alguna intimidad por la incomparable dulzura de su carácter, y se comprenderá la dolorosa tensión de espíritu en que había de vivir aquella señora al ver que se extinguía la existencia de su paternal tutor en medio de un buen número de personas cuyos antecedentes conocía bien y de cuyas intenciones desconfiaba. Deseaba, por ejemplo, que el Dr. Mas ó el Dr. Rodríguez Méndez viesan nuevamente en consulta al enfermo, se daban los avisos oportunos, y luego resultaba que se había equivocado la hora, y la consulta no podía celebrarse; deseaba que se dejase *al Padre* en reposo, que bastantes fatigas pasaba con su enfermedad, y un día le retrataban tendido en la cama, otro incorporado con el médico á la cabecera tomándole el pulso y dos ó tres galenos más contemplándole con ojos mortecinos, fotografías que todos hemos visto en algunos semanarios de la capital y que bien á las claras revelan la caridad que se guardaba para con el enfermo. El afán de salir grabado en los papeles públicos era tan vivo en el protomedicato y en otros que se les agregaban, que nosotros hemos visto sus fotografías *antes* de la consulta, *en* la consulta y *después* de la consulta, con una *pose* tan afectadamente estudiada que diera risa si el paciente, víctima de tan ridícula vanidad, no inspirara lástima. Afortunadamente, y digámoslo en su honor, ni los Méndez, ni los Mas de Xaxás, ni Ezquerdo figuran en esos infantiles entretenimientos.

Como los *místicos* abundaban en la casa cundió la obsesión de que había que salvar el alma de mosén Cinto pasando por encima de todo. Y así se excitaban por mil maneras distintas sus sentimientos religiosos hasta el paroxismo, lo que no era difícil dada la nativa predisposición de su espíritu. El que llevaba la batuta en esa obra de salvación *del gran pecador*, era el cura de Vallvidrera, místico convencido

y hombre de corta estatura, muy metido en carnes y rechoncho, de gruesos y flotantes labios, algo pringosos, y de redondeados mofletes; el cual cura tan absorto estaba en su tarea y con tal viveza é insistencia levantaba el alma del paciente á la contemplación de las cosas divinas, que no echaba de ver que agotaba las escasas fuerzas que le quedaban y le dejaba por demás exánime y postrado tras esos deliquios.

Una mañana tuvo lugar en Villá Juana una solemnidad aparatosa. Confesó el enfermo á las nueve, si nuestros informes son exactos; oyó una misa luego, rezada, en la capilla de la quinta, adosada junto á su aposento, ante gran concurso de gentes entre conocidos, amigos y curiosos. El silencio era sepulcral; el espectáculo imponente. No se oía más que la respiración estertorosa del moribundo que en vano buscaba el aire. Los *cebellots*, más ó menos poéticos que idearon aquella fiesta religiosa, no podían imaginar nada más teatral. Hubiera sido muy humano abreviar la escena haciendo que el enfermo comulgase con el celebrante; pero como la cosa no hubiera resultado tan poética y vistosa, acabada la misa salió la concurrencia, muda y recogida, á esperar al viático á Sarriá, subiendo luego la cuesta procesionalmente. No queremos recordar todo aquello de la retama esparcida por el camino, ni el olor del tomillo, ni el cielo neblinoso, etc., etc., que prolijamente describía la prensa catalanista, porque imaginamos el estado de tensión nerviosa de aquel santo varón esperando con todo el fervor de su alma religiosa la sagrada visita horas y más horas sin querer tomar ni una taza de caldo, ni un vaso de leche, ni un mal sorbo de agua, y no queremos recordarlo porque toda esta *mise n scene* repugna al sentimiento genuinamente cristiano...

Por la tarde yacía el enfermo postradísimo en aquella estancia desolada con la frente inundada de un sudor frío y pegajoso, la mirada vidriosa y un gran recargo febril. Parecía que agonizaba... Pero esto no impidió que entre tres y cuatro, el cura de Vallvidrera, ya bien comido y mejor bebido, le sermonease de nuevo, por si le había quedado algún

otro pecado escondido, y que al anochecer volviese á la carga rezándole la recomendación del alma.

Agotadas las fuerzas de mosén Cinto con tanto zarandeo, vaga y brumosa su un día poderosa inteligencia, indecisa la voluntad, es de suponer que los caritativos amigos que le rodeaban y que tanto se desvelaron para salvarle el alma le inclinarían á testar. Justificó la suposición el hecho de que inopinadamente se presentase en la quinta un notario encargado de recoger su última voluntad: el notario era el Sr. Permanyer. Ese nombre nos trae á la memoria una historia triste, casi bochornosa, que el propio mosén Cinto dió á la estampa y firmó de su puño y letra, y no estará fuera de lugar que refresquemos en este punto la memoria de nuestros lectores. Corrían aquellos tiempos en que el poeta se veía acosado por la policía, calumniado de tramposo, de libertino y loco de remate por si hacía falta. Malmirado en todas partes y rechazado de la compañía de sus antiguos amigos y admiradores, porque la consigna era terminante, halló un refugio en la casa de D.<sup>a</sup> Deseada Martínez, madre de Amparo Durán, que le protegió cuanto pudo; de faltarle ese refugio, según él mismo escribe, no le quedaba otra puerta abierta que la del manicomio. Los emisarios del obispo Morgades batían brecha contra el último asilo que quedaba á mosén Cinto poniendo á esa familia, que supo transformar su casa en fortaleza del perseguido, como no digan dueñas; uno de esos emisarios se llamaba Permanyer. En términos, más que desenfadados, groseros (es el propio Verdaguer el que habla) le conminó con el hambre sino abandonaba aquella casa de perdición y no entraba voluntariamente y por sus propios pasos en la casa de orates donde el obispo había ordenado se le recluyese perpetuamente. La contestación que dió Verdaguer á tan impertinentes amenazas es amarga como las hieles, digna y cristiana como la de un santo.

Pues bien: el hermano de ese Sr. Permanyer es notario, y ese notario es precisamente el que se eligió para recibir el testamento del moribundo. Quiso la Sra. Amparo oponerse á la celebración del acto y el funcionario, cumpliendo los

deberes del alto ministerio que ejercía, mandó que se retirase, y caso de no cumplir la orden fuese arrojada por los mozos de la escuadra. Entonces el moribundo, sino mienten nuestros informes, dijo: Vete Amparo; ellos son autoridad y disponen de la fuerza.

¿Qué se consignó en el testamento? No se sabe ni es de presumir se sepa nunca. En los papeles públicos se dijo que instituía heredera de la propiedad de sus obras á su hermana D.<sup>a</sup> Francisca Verdaguer, y se designaba á siete amigos íntimos para que cuidasen de hacer de las mismas una edición monumental. La prensa publicó estas noticias informada por alguien que estaría interesado en hacerlo creer así. En el testamento otorgado por mosén Cinto ante el notario Sr. Permanyer no podía instituir heredera de la propiedad de sus obras á su hermana, si testaba libre y espontáneamente y en el pleno uso de sus facultades, por cuanto sabía que dos ó tres años antes había vendido á D.<sup>a</sup> Deseada dicha propiedad, por la suma que convinieron, ante un notario con todas las formalidades legales, y él mismo cuidó de registrar esa venta en el Registro de la Propiedad Intelectual. ¿Cómo, pues, podía legar á su señora hermana una propiedad que había enagenado anteriormente? Hay en todo esto, tal como lo refirieron los periódicos, algo inexplicable. Se desconoce á ciencia cierta qué contiene el testamento, bien que haya suspicaces que se lo figuran con fundamentos que no hemos de discutir. No insistamos, pues, sobre una incógnita que no podemos despejar por falta de datos.

Poco después de estos sucesos llegaban, al mediar de la tarde, á Villa Juana, mosén Costa y mosén Valls. No se les franqueó la entrada, pues las órdenes de los facultativos eran terminantes. Cuando disponían su regreso, después de descansar en el patio, se encontraron con los Sres. Moles y Turró, que tampoco podían ver al enfermo. Mas como Turró hablase en voz alta, le oyó el enfermo y mandó al doctor Roura le pasase recado inmediatamente, y temiendo que el recado se extraviase por el camino, tras el médico mandó al criado José. Entró el Dr. Turró llevando de la mano y á rastras á mosén Costa más muerto que vivo. ¿Qué

les diría el enfermo entre las ansias de aquella respiración anhelante? Se ignora; sólo hemos podido averiguar que Turró salió desencajado y como lelo del aposento, agarró del manteo á mosén Valls y lo llevó consigo. Entonces el enfermo dió la orden de que saliesen su hermana, el médico y Amparo, y quedaron con él los dos sacerdotes, Turró y el criado José. Díjose por entonces que mosén Jacinto les había hecho depositarios de papeles y documentos de gran valía que comprometen á personajes poderosos; díjose también que les había hecho revelaciones pavorosas sobre lo ocurrido al testar; pero de estos rumores, que corrieron por la prensa á raíz del suceso, no podemos hacernos eco ahora por no constarnos de un modo fidedigno.

Lo que sí nos consta, por declaración de testigos presenciales, es que á lo mejor de la conferencia so oyó una voz de mujer que á grito herido dijo: «*Mosén Cinto que t' as de morir!*...» El aposento se llenó de gente; los mozos de la escuadra subieron del zaguán á la galería, y el médico, Sr. Torrens, descompuesto y convulso, echó de la casa á los dos sacerdotes y al Dr. Turró, que no acertaban á contestar las inconveniencias del furioso galeno, cuando en esto el señor Moles, que contemplaba el paisaje desde la antegalería, ajeno por completo á lo ocurrido, intervino en el caso y con entereza y dignidad le replicó convenientemente antes de abandonar la casa. Es fama, así lo oímos contar en Vallvidrera, que uno de estos sacerdotes, al emprender la caminata volvió la cabeza y con acento indignado y los labios trémulos y exangües, dijo: *Quinta Juana, mentida!... Quinta Bardaxal!*

Lo que afectaron al enfermo esos trágicos sucesos puede figurárselo el lector; pero sus desventuras no acabaron aquí. Estaba escrito que no podía morir en paz.

La noticia de lo ocurrido con Turró y los dos sacerdotes, y el rumor, que no sabemos si lograron confirmar, de que se habían llevado bajo la sotana un enorme legajo de papeles, alarmó sobremanera la colmena. Había que extremar la vigilancia para que de nuevo no se introdujesen en la quinta. Mosén Costa y Turró recibieron insistentes recados de parte

del enfermo para que le visitasen de nuevo; no nos consta que pudiesen efectuarlo. Una hora antes de morir, el señor Coria, mayordomo del Ayuntamiento de Barcelona, recibió un telefonema urgentísimo en que se le instaba que estos dos señores marchasen inmediatamente á Vallvidrera porque al morir les llamaba Verdaguer.

No pudieron verle.

Como medida radical que aislase á mosén Cinto de toda comunicación con sus antiguos amigos, se echó por la calle de enmedio y se adoptó el partido de echar de la casa á la familia Durán; verbalmente se dió la orden á Amadeo Guri para que cuanto antes abandonasen la quinta, y aun se hicieron indicaciones al capellán castrense mosén Rufas, que había cedido su asistente á mosén Cinto *porque era muy bueno para cuidar enfermos*, para que lo incorporase de nuevo á su batallón. Mas ni el bravo José, modelo de fidelidad, que había tomado al *Padre* un vehemente cariño y había presenciado en silencio tanta trifulca, ni Amparo, ni su marido, quisieron abandonarle hasta al fin; y comprendiendo que para echarles era preciso arrostrar ante el enfermo una escena de violencia lamentable, pues con tesón y súplicas los defendía y los quería junto á sí, transigieron vigilándoles estrechamente.

Esa debilidad les perdió. Era José un soldado de corazón de oro, habituado á la obediencia, parco en el hablar, en todo listo, y tan animoso y decidido que á todo se arrojara para servir al enfermo. Dictóle en la soledad del aposento, ya muy entrada la noche, mosén Cinto una carta que el muchacho escribía conforme la iba oyendo con letra clara, líneas no muy rectas y con no muy ejemplar ortografía. Al pie firmó mosén Cinto; dieciséis horas después moría. Esa carta iba dirigida al alcalde de Barcelona, Sr. Amat, y en ella impetraba su auxilio para poder testar según su libre voluntad. ¿Cómo pudo burlar el muchacho la vigilancia de los mozos de la escuadra y demás guardianes de la quinta, escurrirse por el bosque y llegar hasta el Sr. Amat? No importa gran cosa averiguarlo; lo que sí nos importa hacer constar es que el Sr. Amat, cediendo á un noble y magnánimo arranque del

corazón, sin medir los disgustos que el acto podía acarrearle, acompañado del notario Sr. Borrás, del Sr. Coria, del señor Moles y del doctor Mas de Xaxás, bajo un cielo lluvioso y con los caminos intransitables, emprendió la partida entre las doce y la una de la noche. Y que el Sr. Amat comprendía la verdadera situación en que se hallaba mosén Cinto lo demuestra claramente el hecho de rodearse de gente armada; no la llevaría á buen seguro para rezar el rosario por el camino.

Llegados al patio de la quinta, tras una ascensión penosísima, no se les quiso franquear la entrada á pesar de decir quien era, bien que no dijo á lo que iba. Y tras una media hora de espera y cuando ya se insinuaban los temperamentos enérgicos, los del baluarte se rindieron y el alcalde y su acompañamiento llegaron hasta el aposento del paciente, quien los recibió con vivas muestras de gratitud. Su última voluntad, expresada con la serenidad del justo, consignada quedó y de todo el mundo es conocida, pues nadie trató de ocultarla. No hay en ese testamento nada mortificante para nadie; pero el santo varón, en aquella hora postrera en que su alma creyente veía cerca de sí la justicia divina que debía absolverle ó condenarle, tampoco sintió el más tenue remordimiento por lo que hizo en vida cuando arremetió contra los ídolos de barro que le apuraron hasta ponerle en horribles trances; de nada se retractó; ningún prestigio de los que un día hundiera, rehabilitó. Sus terminantes acusaciones contra el obispo Morgades y el ejército de hipócritas que le secundaron, subsisten íntegras, quedan en pie. ¿Quién osará desmentirlas? ¿quién se atreverá á profanar su memoria por mordaces que sean sus odios africanos?...

Mas ¿qué hubiera pasado si mosén Cinto no hubiera podido revocar su anterior testamento y consignar tan explícitamente su libérrima voluntad? ¿Se habrían repuesto en el pedestal los ídolos derribados, santificado nombres odiosos, reivindicado á gentes que llevan grabado en la frente el estigma de verdugos? ¿se habría calificado asimismo el infeliz poeta de impostor y embustero?

Dios lo sabe... y nosotros también.

## CAPITULO II

### Después de la muerte de Verdaguer

Sumario: Entierro del poeta.—Eclipse de sus enemigos.—Nuevas calumnias.—Una carta interesante.

No por esperada causó menos sensación la muerte del popular vate. Todos recordamos la grandiosa manifestación que tuvo lugar primero en la capilla ardiente instalada en el Salón de Ciento y luego con motivo de su entierro. Esa conmoción popular subió de punto por las circunstancias extraordinarias que rodearon su lecho de muerte y que nadie acertaba á explicarse satisfactoriamente. El instinto de las masas no se equivoca nunca cuando de sí se espontánea, y el pueblo, con la ida del alcalde á la residencia del moribundo á altas horas de una noche lluviosa y en extremo desapacible, rodeado de gente armada y con un notario, adivinó en seguida que sus perseguidores de siempre se habían confabulado de nuevo para ejercer sobre el mísero enfermo violencias morales, y quizá materiales, semejantes á las que emplearon en otros tiempos. ¿Con qué objeto? ¿con qué fines y propósitos? Eso es lo que el pueblo no acababa de comprender y á falta de datos concretos fantaseaba con mayor ó menor fundamento.

En medio de la consternación general, en los corros de la plaza pública, en los cafés, en los teatros, en todas partes podían recogerse expresiones muy significativas, resumen del juicio unánime que formulaban las muchedumbres: *«hasta en la agonía le han martirizado,» «ni viéndole enfermo le han perdonado,» «no le dejaron morir en paz,» «ahora sí que descansa,»* etc., etc., frases sintéticas, expresión ingénuo de sentimientos íntimos, que bien á las claras revelan que el pueblo es profundamente sabio cuando piensa con el corazón

Entretanto ¿qué hacían los íntimos, los que lo prepararon todo más ó menos conscientes de la obra que urdieron en la sombra? En primer lugar eclipsarse ante la reprobación general de que fueron objeto. De rumor público se dijo que en sus conciliábulos se adoptaron actitudes trágicas y resoluciones trascendentales. Se dijo que iban á demandar al alcalde Sr. Amat, acusándole de haber ejercido coacción (!!) sobre el ánimo del moribundo; añádase que entablarían recurso de nulidad testamentaria y que el Sr. Almeida se encargaría de defenderlo ante los tribunales; hasta nuestros oídos llegaron, á modo de voces perdidas, los insultos que en las explosiones de su ira impotente proferían contra los cuatro ó cinco incondicionales que sirvieron á Verdagner hasta donde pudieron y las calumnias groseras que les levantaban. En el semanario de las fotografías se hablaba un lenguaje extraño, sibilítico, ininteligible, pues en son de amenaza se combatía á fantasmas, se anunciaba que se harían prodigios, y otras cosas raras, y los neutrales acabábamos la lectura, llevándonos las manos á la cabeza para que no se nos escapase de los hombros.

Mas todos estos clamores se extinguieron; las visiones de los poseídos se desvanecieron; los proyectos imaginados se maduraron con más sangre fría y el buen sentido acabó por imponerse á los indignados. El acuerdo que en conclusión prevaleció fué el de callarse y en esto sí que hay que reconocer que fueron sabios, y sobre todo prudentes, porque de abandonarse á cualquiera de sus primeros arrebatos hubieran obligado al alcalde y á otros á cantar claro y referir con todos sus puntos y señales lo ocurrido y eso no les convenía bajo ningún concepto.

Su conducta ulterior vino á comprobar efectivamente que el resquemor les quedó en el cuerpo. Haciendo caso omiso de cuanto hicieron ó dejaron de hacer durante la época de las persecuciones, no mentando siquiera los sucesos de Villa-Juana como si no rezasen con ellos sino con entes fantásticos, salieron del retraimiento, que adoptaron de buenas á primeras, presentándose como los íntimos de Verdagner, como los únicos elegidos del gran poeta, como sus más

fervientes admiradores y sus más denodados defensores. Al historiar su vida se ocupan de cuatro fruslerías triviales y en el punto en que empieza la verdadera historia de mosén Cinto, que antes no la tuvo, pasan de largo con una frase más ó menos hábil ó cursi y no se atreven á pronunciar palabra sobre ella temerosos de que el anatema caiga sobre su cabeza. A ninguno de los magnates que se pasaron años y más años entretenidos en torturarle recriminan. Ni cómo pueden hacerlo si eran sus secuaces? Cómo y de qué manera pueden ahondar en la génesis de sus últimas obras literarias al desempeñar su oficio de críticos? Por qué escribió el «S. Francesch», más que para sincerarse de la nota de loco que le colgó el feroz Morgades? ¿Quiénes han inspirado los lamentos desgarradores que se exhalan de «Las flors del Calvari»?

No pueden tratar de esto esos críticos sedicentes, que ansían acaparar su gloria como propia, porque deberían hablar del caudillo de la hueste que capitaneaba á los Permanyer, á los Collell, á Verdagner y Callís, etc., etc., y no se debe mentar la soga en casa del ahorcado. Por esto pasan de largo sobre estos asuntos palpitantes y reivindican hipócritamente como catalanista á Verdagner no queriendo recordar que entre los magnates del catalanismo militante reclutó Morgades á la mayoría de los que secundaron su obra de exterminio.

Los mismos que pusieron en tela de juicio la integridad de su mente, son los que ahora se llenan la boca de su nombre y lo proclaman el primero y más genial poeta de nuestro renacimiento literario; los mismos que un día le hirieron en su honra y la difamaron cruelmente son los que se hacen lenguas de la excelsitud de sus virtudes. Y á la vista de ese espectáculo de comedia, en que sus enemigos eternos quieren pasar ahora por los únicos leales, cabe preguntar: quién tiene la culpa de cuanto le ocurrió, y á esa pregunta os contestarán que la culpa la tiene la familia Durán, que ha sido funesta para mosén Cinto, y el séquito de amigos, más ó menos demagogos, que le sugestionaron. Aquí ha de haber un criminal, un malvado causante de tantas desven-



turas como affigieron al poeta, y ese fautor de los negros destinos á que se le condenó es la familia que amparó al cuitado, y cuantos conllevaron sus infortunios poniéndose resueltamente en frente de Morgades y al lado del poeta. Esos, sólo esos tienen la culpa de todo; sin ellos los días del poeta fueran paradisiacos, pues no se hubiera distanciado de ellos que son y han sido siempre sus únicos amigos. Por ese camino pretenden sincerarse forjando una leyenda que no debe prosperar. Si el testamento no se hubiese revocado el trabajo se les daba hecho: la víctima proclamaba *coram populo* la inocencia de sus verdugos. Ahora, después del fracaso, la tarea resulta más laboriosa pero como son tenaces se proponen desvirtuar la historia presentando las cosas de otro modo; mas nosotros estamos en la brecha velando, no ya por la gloria del poeta, que no lo necesita por ser indiscutible, sino por la santidad de su nombre excelso que empañan esos sus amigos de última hora con sus procacidades, conforme irán viendo por sus pasos contados nuestros lectores.

\* \* \*

El primero que disparó contra la familia Durán en una conferencia pública dada no recordamos donde, fué el Dr. Falp, un médico obscuro que unas veces le dá por la homeopatía y otras por la alopátia según las aficiones del cliente, con pretensiones de poeta y quizá de super-hombre, quien calificó á dicha familia de interesada y otras cosas peores, y á fuerza de mostrarse enterado dió flagrantes pruebas de conocer por el forro la vida íntima de Verdaguer. Y como en esto de disparar todo es empezar á foguearse, salieron luego los Sres. Viada y Busquets, poetas ambos más ó menos auténticos y del grupo de los testamentarios, quienes en dos proemios, prólogos, prefacios ó lo que fuéren, se corren como el azogue y apuntan hechos é insinúan sospechas que no deben pasar sin correctivo por ofender gravemente la memoria augusta del gran poeta. El Sr. Viada en unos párrafos, que se traen las de Caín, deja entrever enormidades contra cuantos desbarataron los planes que allá en

Vallvidrera fraguaron; y como es tan listo lo alambica de modo que ni el propio verbo divino lo entendiera sino lo acotáramos con las convenientes aclaraciones.

Véase una muestra: «*No haviem de trepitchar may mes aquella cambra, hon si no hi entrarien los parents ni'ls amichs, podrien entrar hi d' aquell dia en avant los cómplices de sos escarsellers* (esos cómplices lo serían de la Sra. Amparo, que era su carcelero, y se alude á los Rdos. Costa y Valls y á los Sres. Moles y Turro) *pera parlarli á Mosén Cinto, en aquelles hores supremes, de tot manco de Deu: de interesos y de adopcions* (eso de las adopciones se referirá al rumor que se difundió por aquel entonces de que Amparo era hija de Mosén Cinto; mentira parece tanto descocol) *de revelacions y de crédits, d' applaudiments y de glories, de persecucions y d' apostasias, d' amichs traidors y de metches historiaires*, (vaya una cerrazón de frases huecas!) *fins á conseguir qu' es llevés el vestit de la seva modestia deixant en testament son cadáver á Barcelona que si estimava ya feya temps com á seva, no estimava, no, mes que á son humil recó de Folguerolas* (con esto se quiere dar á entender que el Sr. Amat, alcalde de Barcelona, hizo presión sobre el ánimo del moribundo al testar).

De párrafos por el estilo atrabiliarios, que no dicen nada pero que están saturados de mala intención, podríamos transcribir varios, si valiera la pena, porque el Sr. Viada es un decadentista que se pinta solo para imitar la Sibila de Cumas; y en todos ellos descubriríamos lo mucho que les dolió la revocación del testamento, que creen obra de Turro y Costa, y no haber podido exhumar el cadáver en Folguerolas, pueblo inmediato á Vich sede episcopal un día de Morgades.

El Sr. Busquets con estilo más claro apunta de la familia Durán que estaba interesada en que testase en su favor, que comprometía la honra de Verdaguer, que afirma era inmaculada, y en tono lastimero los apostrofa por oponerse á que el enfermo fuese viaticado. Mas imposturas en menos palabras no caben. A uno y otro caballero les consta que vendida por Verdaguer á doña Deseada Martínez la propiedad de sus obras literarias, como legar, no podía legar más que sus

deudas; tanto es así que renunciaron la herencia por resultarles gravosa. Esto lo sabe todo el mundo aunque, por la cuenta que les tiene, aparenten ignorarlo estos señores. Y por lo que hace á si la familia Durán se oponía á que el enfermo fuese viaticado, á uno y otro señor, y á cuantos frecuentaban la casa, les consta que mientras el enfermo residió en la calle de Aragón, su confesor habitual, el virtuosísimo P. Sanz, de la Parroquia de Belén, le confesaba siempre que lo solicitaba y en la misma casa fué viaticado sin necesidad de preparar manifestaciones de carácter catalanista que quebrantasen las ya menguadas fuerzas del paciente. En Vallvidrera, Verdaguer confesaba y comulgaba casi diariamente; no nos desmentirán el P. Estebanell, ni el digno capellán castrense Mosén Rufas que se desvivía por servir á su buen amigo. Había que prescindir de la verdad para echar sombras sobre la familia Durán y también para los amigos del poeta que no querían sirviese de banderín de enganche para planes políticos, y el Sr. Busquets y el Sr. Viada se encargaron de publicar semejantes invenciones, con lo que prestaron un flaco servicio á los de su bando porque, bien reflexionado, *lo peor era meneallo*.

En esa tarea de difamación les secundó también el Rdo. Juan Güell, primo de Verdaguer, á quien en vida vapuleó repetidas veces señalándole como uno de sus más acérrimos enemigos. Pues á ese primo, que dió mucho que hacer á los verdaderos amigos de Mosén Cinto, se le ocurrió regalar al Sr. Miralles, dueño de la quinta Villa Juana donde pasaron los luctuosos sucesos que referidos quedan en el capítulo anterior, un cuadro en cuyo centro y bajo una hoja de laurel, manuscibió una carta en la que le daba las gracias por lo mucho que había hecho contra la familia Durán, que en mal hora adoptó Mosén Cinto, y le agradece en el alma que por su intervención pudiese haber recibido los sacramentos. Dicho cuadro se espuso al público durante muchos días.

No hemos de rectificar de nuevo al Rdo. Güell lo que en redondo hemos desmentido á Busquets y á Viada. El testimonio del P. Estebanell, que es de su camada, el del

P. Sanz, el del P. Rufas y el del criado José que lo ha consignado en un documento público, basta para desvanecer esa calumnia grosera que de rechazo hiere la buena memoria del poeta, pues esa familia, que pretenden presentar como impía y licenciosa, era la que voluntariamente se había constituido en la época de la soledad y la persecución. La Sra. Amparo, exasperada con lo que venía ocurriendo desde muchos días, se desató el día de la manifestación en impropiedades contra cuantos tomaban á un moribundo como pretexto para una mogigatería incalificable; pero de esto á lo otro, que gratuitamente suponen, media un abismo.

Por lo demás, y para que se vea que arremeten contra la familia Durán con objeto de que pague los vidrios rotos y eludir hipócritamente la responsabilidad de cuanto ocurrió en Villa Juana, véase lo que con fecha 6 diciembre de 1897 escribía el Sr. Viada á Verdaguer que á la sazón se hallaba en Madrid.

«Estimadíssim Señor y amich: Acabo de rebrebr lo present de *Santa Eulalia*, y sino m' han trasmés malament lo recado, Deu l' acaba de probar novament ab la perdua de Doña Desitjada, ja per vosté que tenía en ella UN VERDADER MUR DE DEFENSA, ja per sos fills qual situació verament sento y la que 'm penso agravada ab ocassió de ésser allunyats de sa casa »

Por su parte el Sr. Busquets y Punset desde Vich y con fecha 1.º Septiembre de 1897 escribe una carta á Verdaguer que transcribiremos íntegra porque el documento lo vale para demostrar el ensañamiento con que se hería á mosén Cinto en aquellas épocas de triste memoria.

A MOSSÉN JACINTO VERDAGUER

Barcelona

Estimadíssim y respectable mestre: rebí vostra grata, y cumplert l' encárrech que 'm feren per la Verge de la Gleva: passo á comunicarvos algunas impresiós sobre las cartas que ab goig y tristesa lleigeixo á *La Opinión*. Totes me son

ben fetas y magistrals, pero lo somni aquell de la serpent es magne, impresioná á molta gent; la majoria son á vostra banda, os planyen y moltes son las donas que ab oracions y parts de rosari os acompanyan al Calvari; ahont més so experimentat aço ha sigut á La Gleva. Mes també, mossén Cinto, so sentit alguns bosins d' aquella serpota que vos trencaren, que llensan vri sense gayre forsa y 's van esmortuint, esmortuint. No fá gayres días vaig sentir per boca de N' Antoni Espona, paraulas no gayre decentas contra la bona familia que os ampara, y en pública barbería y en disapte, la gent, que la major part era pagesa, l' escoltava ab devoció, vaig arremetrel ab molta tranquil·litat; y al ésser fora, vaig deixar lo terreno ben assahonat per la vritat de vostra qüestió; cada setmana procuro fer una petita conferencia en aquella barbería, ahont y concorren molts capelláns y seglars y s' hi llegeix ab fruíció lo periódich que os defensa; n' hi sento que fan una ma de blanch, que 's com·prent clarament de la manera que batallan los faritzeus del temple de la poesia. Mossén Collell va tot orella baix d' en·sá que dos senyors, que no vaig coneixer, l' hi propinaren forta sumanda en los claustres de la Seu de Vich. En Genís y en Nadal, no diuhen res enterament. Mossén Pere de la Gleva fa correr cosassas terribles de vosté; diumenje passat jo era á Sant Hipólit al café d' en Reus, y dos pagesos que ab mí feyan rodona, digueren que vosté estava en una casa de donas perdudas; es á dir, que vosté estava al segón pis y ellas al tercer y que las mantenía de las estafas y prestams que fá á gent poderosa que no l' hi gosan negar; vaig deixar que desbotessin per saber de quin mal adolian y després els vaig proporcionar un bon purgant y també deixí ben arreglat el terreno á Sant Hipólit; un pagés digné: oh Mossén Pere no es lo que sembla, qui nol conegue que nol compre. Amén: vaig respondrer. A Vich també solía días passats anar á casa d' un sastre cada tarde perque hi acudeix lo més granat de capelláns; y feya allá la meva esplicadeta parlant de vosté y com era sovint la colla s' aumentava y ab gent que.... etc., etc. M' hi varen arrivá á pendre el número y vaig tenir que deixarho correr; allá era en vá; vaig plegá velas

per ficarme en altres llochs ahont se contan cosetas bonas entre mitx de *Patarras*. Mossén Joan Güell días ha qu' es per aquí; ha comprat una casassa al carrer de S. Hipólit. Vosté á can López s' hi empobria y ell s' hi engreixa de valent. Días passats va anar á Las Llossas, ahont hi morí son tío lo rector; va deixar als pobres pagesos ben pelats. Digné en una casa que vosté l' hi havia estafat 500 duros al seu oncle mort no fá pas molt, sense altres cosetas que diu, que, vaja, no l' hi están pas massa bé al tal sacerdot.

Are entrém una mica de Sr. Bisbe. Está molt cremat ab lo que ara vosté escriu; y diu, segóns m' assegurá una persona que 'm penso ho sab prou bé, que no cahuen pas en sach foradat las que vosté diu y conta, y qu' ell ja té preparada alguna cosa pel día menos pensat, ço es: una defensa en la que segóns diuhen no quedará en gayre bon terreno vosté (?). Aixó ja son figas d' altre pané vaig jo respondrer. Li dich per son govern.

Corran una lley de defensors que no son ni contraris ni favorables de vosté; y 's concretan dient que: tot aço que passa no va esser iniciat per fer mal á vosté, sols per traurrel d' algún perill y que no 's pensavan que arrivés á tal extrém, y diuhen que 'l Bisbe diu: que si fos á tornar á jugar no hauría passat aço y que 's reconeixen un tant culpables. A n' aquesta tendencia me sembla perteneixan en Genís y en Nadal.

Saludi afectuosament á la santa y bona familia que l' es·coda y vosté sap que pot manar de son fidel companyó.

ANTÓN BUSQUETS Y PUNSET

Vich.—Carrer S. Hipólit 15, 3.ª—1 Septiembre 1897.

La carta transcrita, de una ingenuidad seductora, de paso que vindica á la familia Durán, ncs pone en camino de remontar en nuestra historia é investigar cómo y de qué manera contrajo Verdagner la enfermedad que le llevó al sepulcro.